



La muerte de un artista.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

I.

Entre las cuatro paredes de una reducida estancia preséntase austero cuadro de tintas tan delicadas que solo bien le percibe quien tiene de artista el alma. A la luz de media tarde, en limpia y modesta cama se ve un hombre entrado en años, de frente tan despejada, que entre altivez y nobleza un tanto en altiva raya; de ojos vivos, y locuaces, del génio muestras tan claras, que se vé un mundo de ideas

al través de sus miradas. Forman las facciones líneas severas, y al par bizarras, que cortan algunos surcos como misteriosas rayas de una escritura que espresa padecimientos del alma. Su postracion causa duelo; respeto infunden sus canas, y aun mas al ver la corona en que aparecen cortadas. Sencilla cruz sobre el lecho se ve en la pared colgada, y descúbrense en el fondo, dentro de contigua sala, varios modelos de barro, lienzos pintados, estampas, y un caballete con tela

para pintar preparada.
Un hombre de edad madura,
morena, y enjuta cara,
negra ropa, y apostura
de dignidad afectada,
con el enfermo platica
cruzándose estas palabras:

—Decid, doctor, lo que tengo,
que mi dolencia se agrava
y he bien menester su nombre
para saber quien me mata.

—Bastante es que yo lo sepa.
—Bien dicen vuestras palabras
que son mis sueños verdades,
y esta inquietud triste, y vaga,
la de la luz que se agita
cuando el aceite se acaba.

—Pues, ¿qué sentís?

—Siento frio

mas que en el cuerpo en el alma.

Late el corazon con priesa
cual si retener ansiara
un bien guardado tesoro
que á su pesar se le escapa,
y la cabeza me agovian
ruidos y escenas estrañas.
Voces oigo sin que griten
ruidos sin que suene nada:
en la oscuridad vislumbro
á veces luces fantásticas,
y á veces la luz del dia
no me parece luz clara.

Diligente la memoria
en traer cosas pasadas
tan vivas me las figura
cual si otra vez las tocara,
y al mismo tiempo anda suelta
la imaginacion bizarra,
mostrándome cosas nuevas
con tan increíble audacia,
que á veces de un nuevo mundo
toca las ignotas playas.

Cosas veo, que no he visto
ni aun soñando. En lotananza,
rumor tan estraño escucho
que recordarle me espanta;
como ecos son de unas voces
que no son voces humanas;
y en fin, esto es lo mas raro,
á veces en lucha estraña

yo pugno conmigo mismo
cual si de mi me apartara,
y en huirme y retenerme
pusiera fuerzas contrarias.

—Bien pintais como discreto.

—¿Y á esta enfermedad, qué llaman?

—El nombre no hace á la cosa.

Básteos tenerla estudiada
y conocida.

—Esto es hecho.

Doctor, el tiempo me falta
para aprestar lo preciso
á tan solemne jornada.
Del sol los últimos rayos
penetran esa ventana.
Dejadme les pida nuevas
de aquellas regiones altas.

II.

Fatigoso está el enfermo,
la noche en su curso avanza
y á la tenue luz que esparce
en la alcoba solitaria
una mustia lamparilla,
se ve una mujer anciana
que profundamente duerme
sobre una silla sentada.
Contéplala el pobre artista
con cierta sonrisa amarga,
y un ¡ay! asoma á sus labios
todo el dolor de su alma.

Recuerda que en otro tiempo
una mujer le velaba
con el cariño de esposa,
y recuerda la esperanza
que acarició de unos hijos
que humedecieran con lágrimas
el rostro del moribundo
en la hora entonces llegada.
De pronto nubla su frente
nueva idea, y la dilata,
y enrojece sus megillas,
y crispa sus manos blancas.

—«No la maté; mienten, mienten,»
dice con voz viva y clara.

«Al otro, prosigue, es cierto
que le atravesó mi espada;
pero él irritó mis iras,
tuvo la defensa franca,

fué duelo en fin, y este es daño
que culpa pero no infama.»
Así delirando sigue
y el mal sin duda se agrava
pues por instantes creciendo
la angustia en su rostro marca
lo que el tropel ya no dice
de sus confusas palabras.
Tal vez la vertida sangre
le sofoca y anonada,
é intenta un supremo esfuerzo
para detener el alma,
que de Dios la tuvo limpia
y á Dios no vuelve con manchas.
Tal vez recuerda que un día
necesidades mundanas,
y empeños de honra le hicieron
tomar órdenes sagradas,
y és su corona de espinas,
que mucho tardó en llevarla
y mucho punza al que una hora
la lleva de mala gana.
A veces sobre sus labios
se asoma sonrisa grata
cuando en sus objetos de arte
fija la débil mirada,
y es porque en dulces recuerdos
funda firmes esperanzas:
es porque el arte en su vida
llena las mas bellas páginas.
¡Cuántas veces el mendigo
le halló con la bolsa exhausta,
y frutos le dió del génio,
obras en papel trazadas
con las que el pobre tenia
seguro el oro ó la plata.
Muy presto de aquella idea
deriva ideas mas altas.
Dilátanse sus pupilas,
su ardiente fiebre se calma
y se sumerge en el piélagos
de sus grandezas soñadas.
¿Qué es la vida? Breve aliento,
sombra de un humo que pasa;
pero las obras del génio,
concepciones animadas
que un siglo á otro siglo lega
acrecentando su fama,
no mueren como los hombres
ni con los hombres se acaban.

Por ellas tiene el artista
el orbe entero por patria
y con cien generaciones
y otras ciento vive y trata
haciendo que todas sientan
de sus encantos la magia.
¿Qué es morir para el artista?
No es mas que tender las alas
en busca de lo infinito,
hollar con ligera planta
de los concertados astros
innumerables miradas,
y volar mas, y acercarse
á la fuente de do emanan
todas las bellezas juntas
y las grandezas innatas.
Morir es dejar la cárcel
en donde el génio se apaga
por falta de aire y sustento,
es aliviarse una carga
que nos encadena al suelo,
es soltar una lazada
con que se tienen las manos
entumecidas y esclavas.
En esto piensa sin duda
el enfermo, y tanto gana
la muerte con él que intenta
incorporarse en la cama
sin duda alguna aquejado
de activa prisa en hallarla.
Sus desfallecidas fuerzas
muy presto le desengañan
y ahogando un suspiro, vuelve
á caer en la almohada.
Poco despues la enfermera
deja aturdida la casa
en busca de un sacerdote
que el moribundo reclama,
y mientras la dueña vuelve
tranquilo el enfermo aguarda
observando como oscila
aquella luz triste y vaga
dentro del recinto estrecho
que á su vigor pone tasa.

III.

Ya el sacerdote ha bendito
aquella cabeza blanca
donde el albor de la muerte

asoma sus tintas cárdenas.
Solemne silencio reina
en derredor de la estancia,
solo un murmullo se eleva
y es hijo de una plegaria
eco único de la vida
á quien la muerte no espanta,
única voz á quien dobla
su régia sien coronada,
replegando con respeto
los crespones de sus alas.
La luz su círculo estrecha
y al par las sombras se ensanchan,
y como hermanas ó amigas
la noche y la muerte avanzan.
En pie el sacerdote observa
del moribundo la cara
y pónese ante los ojos
un Cristo de tosca talla.
—Hijo, le dice, contempla
esta sangre sacrosanta
que para lavar tus culpas
las rotas venas derraman.
Codicia este hueco abierto
al rigor de una lanzada,
y como las golondrinas
en la hendidura descansan
de las piedras, así puedes
tranquilo posar el alma
en el divino descanso
de estas amorosas llagas.
¿Mas por qué la vista vuelves

y con desvío la apartas
de Jesus? ¡Oh! No le pierdas
cuando te busca y te llama.
¡Hijo! Mira, y á Dios teme;
¡que ante El estarás mañana!
Hizo el enfermo un esfuerzo
y aunque con voz apagada
decir pudo al sacerdote
estas sentidas palabras:
*—Padre, no es impenitencia;
es que me turba y enfada
ver que hay artistas hereges
que la faz de Dios profanan
con esculturas como esta.
Dadme esa cruz lisa y llana
y adios que voy muy deprisa
y vida y voz se me acaban.*

Quando al despertar la aurora
tiñendo el cielo de grana,
el rayo de luz primero
entró en la descrita estancia,
solo bañó la faz yerta
de un cadáver que abrazada
tenia una cruz sencilla,
y al doblar de las campanas
la muerte de Alonso Cano
se divulgó por Granada.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.